

Los convencionales de Rionegro

La revolución que un día iniciara en el Cauca el general Tomás Cipriano de Mosquera contra el gobierno legítimo de la Confederación Granadina, fue el más completo de los éxitos. La capital de la república, vanamente protegida por un ejército "que se evaporó", fue ocupada el 18 de julio de 1861 por los revolucionarios. Un caudillo, antes conservador entusiasta y boliviano fogoso, sin cambiar de ideas y más bien en desarrollo de ellas, condujo a la victoria al partido liberal. Procedió así en satisfacción de personales ambiciones y también, como apunta con la exquisita finura que es suya don Tomás Rueda Vargas, dominado por su idea de "empujar el país fuertemente hacia un mejor porvenir". Tomás Cipriano de Mosquera había triunfado y el liberalismo granadino había sido el artífice o mejor el instrumento de su triunfo.

Efectuada la liquidación conservadora, no aparecía enemigo de importancia. Mosquera quedaba solo y amo. Es entonces, cuando los antiguos "gólgotas" de mil ochocientos cincuenta y uno que mamaran en Bentham y en Louis Blanc teorías exóticas y en veces contradictorias quisieron imitar en América la revolución que en el cuarenta y ocho había derribado del trono de Francia a la dinastía orleánica...

En reunión de notables liberales, efectuada en casa del general, más o menos tres décadas después de la toma de Bogotá, un joven que apenas llegaba a los treinta años, expuso ante el caudillo que la necesidad primordial de la Nueva Granada "era la convocatoria de una convención que reorganizase el gobierno e hiciera cesar la incertidumbre acerca del término que pudieran tener los sucesos de la guerra".

Salvador Camacho Roldán, autor de la proposición, confiesa que procedió así, pues abrigaba el "temor de que el

general Mosquera quisiese prorrogar el ejercicio de los poderes absolutos por tiempo indefinido”.

El “dictador latente”, el sucesor político de Bolívar, asintió a lo propuesto y prometió que haría pronto la convocatoria. No estaba en su ánimo cumplir la promesa, y sin embargo hubo de hacerlo ante la presión de los jovencitos...

En lo referente a la escogencia del lugar, vinieron luego las dudas y las vacilaciones. El presidente provisorio, quien con su enorme penetración olfateaba posibles resistencias, quería estar en patio suyo. Al fin decidió que el lugar de la reunión sería Ríonegro, burgo liberalísimo de Antioquia.

El tres de febrero, presentes ya todas las delegaciones, se verificaba sesión preparatoria y quedaba convenida como fecha de instalación la del día siguiente, cuatro de febrero de mil ochocientos sesenta y tres. En la noche de ese mismo día, el núcleo gólgota, celebra una reunión privada, en la que acuerda un programa decididamente antimosquerista que llevaba a su cabeza esta cláusula: “El general Mosquera en ningún caso será elegido presidente como señal de independencia de la asamblea”. Por su parte, el caudillo, que contaba entre sus cualidades la previsión, desde un mes antes tenía acantonada en Ríonegro una división veterana, absolutamente fiel. Los adversarios tomaban posiciones...

La instalación oficial de la convención, la primera sesión y la ruptura de fuegos fueron simultáneas. Zaldúa resultó elegido presidente.

Ganaban así los civilistas, los gólgotas, los enemigos de Mosquera, la primera batalla en una lucha, que prolongada por el espacio de cien días, también les dio la victoria final.

Se ha dicho que en la convención de Ríonegro no estuvieron representados los dos partidos tradicionales y clásicos de Colombia, y que de eso surge el vicio fundamental de la constitución de mil ochocientos sesenta y tres. Tal afirmación es cierta. Sin embargo, allí hubo lucha. En la conven-

ción jugaron a muerte dos tendencias. Una era fuerte y con un concepto si se quiere brutal, pero acertado en el momento, de la política y del gobierno —el de Mosquera—, anhelaba república imperialista y expansión gran-colombiana que uniendo salvase a tres pueblos. Aquí es donde surge más atractiva y avasalladora la figura del gran general. Anticipándose a su medio y a su tiempo, Mosquera pensó en el imperialismo de Colombia y en sus posibilidades, con antelación, con mucha anterioridad a que estadistas ingleses y franceses o gobernantes norteamericanos tuvieran una noción clara y precisa de la potente expansión a que podían elevar sus respectivos países. Veinte años antes de que Benjamín Disraeli, el padre del moderno imperialismo, el fundador del Imperio británico alarmara al mundo con sus fastuosas movilizaciones navales o que en su afán de “britanizar” el universo, llevara el “unión jack” hasta las soledades de Afghanistan, ya Tomás Cipriano de Mosquera soñaba con una Colombia grande, unida y fuerte. En esa época preveía con lucidez admirable, que el objetivo de la política internacional de tres países, debía ser la reintegración de Colombia. Para ella trabajó.

La otra tendencia de la convención, era la determinada por las influencias francesas de una parte y las del partido liberal inglés de la otra, que al través de los discursos puritanos y desapaciblemente hipócritas de William Gladstone, predicaba la inconveniencia de tales sistemas, el respeto a las pequeñas nacionalidades y mil tonterías más, todo con fines torcidos de oposición política inmediata. Sin embargo, los hombres de Colombia creyeron en la buena fe de las teorías liberales inglesas y pensaron en su aplicación aquí. Cayeron en el lazo, lo que es explicable, ya que partían en la consideración del hombre y del fenómeno social del concepto rusoniano de la ingénita bondad humana...

En Ríonegro triunfó la segunda de las tendencias enunciadas. Contaba cinco miembros más para formar mayoría en las votaciones.

Ha dicho León Daudet que hay una correspondencia directa entre el “tonus” político de una época y su “tonus”

literario. Ningún principio corresponde mejor a la realidad. Nosotros agregaríamos que el enunciado de Daudet se explica perfectamente como que las normas políticas y las obras literarias son el resultado de un estado social, en el cual germinan y sobre el que se actualizan. Aplicando esto a nuestro caso, tenemos la explicación total de la manera como procedió la convención de Rionegro y de la constitución de 8 de mayo de 1863 que fue carta fundamental de los Estados Unidos de Colombia.

Hay en la historia de Colombia tres momentos tan pequeños, tan desgraciados, que su sólo recuerdo nos abochorona, nos avergüenza. Hablamos de la "patria boba", del "mosaico" y del "centenario", que tienen entre sí relaciones concatenadas de causa-efecto evidentes y que se explican mutuamente. En ellos —los momentos—, aparecen "generaciones", equipos humanos que los encarnan de manera perfecta.

Bogotá ha sido, al través de su vida, una ciudad mojigata. Fundada por un golilla, su ambiente histórico quedó fijado para siempre en la fórmula y en la civilidad. También el chiste ha contribuido a su formación. Alguno anotaba que no ha sido élla como Cartagena, que se templó al heroísmo deteniendo piratas, ni como Popayán, que desde su nacimiento se sintió procerca. Eso es así. Bogotá fue siempre chocolatera, y para mayor complicación, ha dirigido siempre al país. Aquí floreció el chistecito y el chisme. Se reunían los hombres para contarse cuitas domésticas y charlar de repostería. Así eran las tertulias de Nariño y así fue el mosaico. En libro que preparamos en la actualidad Francisco Rueda Caro y quienes escribimos ahora se tratará todo esto a espacio.

Después de la patria boba, con el único interregno de Bolívar que fue su negación, que fue "hombre" a la par de genio, se llega al año de 1851. En él surge a la vida pública el grupo llamado de los "gólgotas", compuesto de muchachos que recién salidos de las aulas, llenos de buena fe por lo demás —y es lo único que ha de perdonárseles—, como consecuencia de su atiborre de folletos franceses, cambiaron

en el papel las instituciones de la república, dejándolas intocadas en la realidad. Los gólgotas, fueron los convencionales de Rionegro y también fueron los contertulios de "El Mosaico". Todo un sistema!

En Francia, con anterioridad de unos años y para humillación del mundo, había surgido como consecuencia de la revolución, esa corriente al principio únicamente literaria, que más tarde invade la política, denominada en los manuales de historia de la literatura: romanticismo. El romanticismo, que según un autor moderno, "da al sentimiento primacía sobre la idea, a la sensación, predominancia sobre el sentimiento y a la expresión verbal y sintáctica, indiscutible dominio y preferencia sobre ambos", desafortunadamente para Colombia, atravesó el Atlántico y llegó hasta aquí.

Ahora bien, preparados en Bogotá con tres siglos de Santa Fe, la asimilación del romanticismo, sería como ocurrió en la realidad, rapidísima. En ese clima espiritual de chocolate y Víctor Hugo se desarrollaron y educaron los constituyentes rionegreros y allí se escribió o admiró —que para el caso lo mismo da— *La María*, prima hermana de la constitución del 63.

Claramente aparece que a una convención así integrada, no debía ser simpática la figura de Mosquera. Informada de los grandiosos pensamientos del jefe, la convención hizo suya la idea grancolombiana, quizá con el fin inmediato de quitarle gloria al odiado enemigo. Procedió a actuar prontamente: nombró enviado extraordinario en Venezuela, con ese fin, al general José Hilario López.

José Hilario López es otra figura de gran talla. Amigo y pariente de Mosquera, con él hizo la campaña revolucionaria poniendo en la balanza su gran prestigio liberal. Táctico militar de brillo —lo demostró en Carabobo—, contribuyó en no poco al triunfo de la revolución. Sin embargo, López fallaba, tenía simpatía extraordinaria por los gólgotas. De aquí el que durante el curso de las sesiones se enfrentaran hasta el punto de llegar casi al duelo. Cuenta Camacho Roldán, cómo después de una discusión acaloradísima

ma en la cual Mosquera insultó a López, una vez levantada la sesión, éste se dirigió al primero y le dijo: "General Mosquera, usted me ha insultado, usted es un miserable: saque su espada y bátase conmigo aquí mismo si es hombre de honor". Mosquera, por la única vez en su vida, sintió miedo. Intervenciones amigables calmaron los ánimos. Pero la enemistad siguió. De aquí el que López fuese nombrado por la convención ministro plenipotenciario en Venezuela. Pero al mismo tiempo que el nombramiento, se le entregaba un pliego de instrucciones a las cuales debía someterse y en las que la fórmula y el detalle unidas a la utopía, ahogaban la intención sana de reincorporaciones.

Posteriormente el Poder Ejecutivo, en vista de los graves problemas de la Confederación con la república del Ecuador, suspendió indefinidamente la misión a Venezuela. Después vino Guaspud. Mas tarde, el 27 de mayo, y la Gran Colombia no se reintegró.

Otra consecuencia de Ríonegro...

JOSE LLOREDA CAMACHO.

Colegial y estudiante de
Jurisprudencia en este
Colegio Mayor.



Estudio sobre la muerte por estrangulación con cuerda

Diagnóstico diferencial entre homicidio y suicidio

El H. Tribunal Superior del Distrito Judicial de Buga, en su auto de fecha 3 de diciembre de 1935, dice así a folios 98 y 98v.: "También el señor Fiscal sugiere otras dudas y así se expresa: "Para que se hagan más notorias las dudas que asaltan al suscrito, me permito transcribir parte de la autopsia; dice así: "Los vasos del cuello se encuentran turgescentes y cargados de sangre; hecha la disección de las partes blandas y extraída la laringe, ésta se encontró ocupada